

La chica desastre de los vestidos de verano

JF Torres



ESPASA ES POESÍA

LA CHICA DESASTRE DE LOS VESTIDOS DE VERANO

JF Torres



ESPASA ES POESÍA

ESPASAesPOESÍA

© Juan Francisco Castilla Torres, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S. A.

Primera edición: marzo de 2021

Segunda edición: marzo de 2021

Maquetación: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 2.205-2021

ISBN: 978-84-670-6153-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*

Impresión: Liberduplex

Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

A TI, DESASTRE

*Esta es mi manera de decir las cosas.
No es que sea mi trabajo, es que es mi idioma.*

Hola. Soy yo de nuevo, JF.

El mismo chico que lanzó su primer libro a finales de 2016 del que publicó cincuenta ejemplares, dudando incluso de que se vendieran todos. El mismo que has conocido durante todo este tiempo. El mismo que hoy echa la vista atrás y aún no puede creer todos estos años, este maravilloso camino hasta este instante en que te vuelvo a hablar.

A ti, claro. Como siempre.

Quería, *necesitaba* que este libro también tuviera agradecimientos, como los dos anteriores. Y quería empezar por ti.

Gracias por tu voz, tu mano, tu alma. Gracias por tu decisión y firmeza para acompañarme en este viaje. Porque (y de esto no quiero que tengas ninguna duda) sin ti no hubiera podido. Ni sabido. Gracias por hacer de La Chica Desastre mucho más que un

libro: la hiciste bandera. De una forma de vivir, de sentir, de actuar.

La Chica Desastre descubrió que no era la única que sentía así, que no era tan rara, que no estaba tan loca. Vio cómo le abrían las puertas en miles de hogares, en cientos de ciudades, en decenas de países, y para su asombro fue sintiendo que había tantos, tantos seres como ella. Cómo la entendían, cómo se identificaban, cómo la querían.

Publicar *La chica desastre de los vestidos de verano* no fue una declaración de amor, fue un acto de justicia.

Había que alzar la voz de las personas que siguen poniendo el corazón aunque se lleven la hostia, que continúan haciéndole caso a sus impulsos, que son emocionales, que anteponen lo que sienten a cualquier miedo como hacen los seres «normales».

Había que hacer entender que el secreto de amar no está en espantar a los monstruos, sino en hacerse amigo de ellos. En escucharlos, en preocuparse por qué temen, en hacerlos sentirse queridos. Porque detrás de los colmillos, las garras y el aspecto feroz, solo hay un ser asustado que tiene miedo de que le hagan daño.

Como La Chica Desastre. Como tú.
Y como yo.

La Chica Desastre ha cambiado. Ahora verás que tiene aún mucho más que decirte que aquella primera vez. Espero que disfrutes de este café con ella, que os pongáis al día, y que descubráis cómo, después de tanto cambio..., seguís siendo absolutamente iguales en esencia.

JF TORRES

LA CHICA DESASTRE DE LOS VESTIDOS DE VERANO

Era morena —de pelo y de piel—, medía uno sesenta y largos, tenía un flequillo que a menudo se le entrometía en los ojos y una especie de ojeras perennes que jamás chocaron con la luz que desprendía cuando sonreía. Solía recogerse el pelo de una forma hipnotizadora, sosteniendo entre sus dientes la gomilla y haciendo unos movimientos con las manos imposibles de captar hasta que concluía su tarea dejándose varios mechones sueltos, y lo que para ella era un acto común, para mí era una obra de arte. Despertaba siempre con una sonrisa y con los ojos entrecerrados aún se desperezaba y lo primero que hacía era abrazarme, no se le olvidaba *ni una sola vez*, y yo acabé entendiendo que eso ocurría porque no lo hacía como rutina, sino que le salía de forma natural.

Natural. Sí, quizás es la mejor palabra para definirla.

La chica desastre alcanzaba la máxima expresión de la palabra en la cocina, era desordenada, indecisa, y cuando dormíamos juntos siempre amanecía con un mon-

tón de ropa de ambos esparcida por toda la habitación (generalmente solía recoger la suya un minuto antes para tener potestad de reñirme por la mía), era cabezota y a veces (muchas) se comportaba como una niña pequeña, pero *ni una sola vez* me hizo dudar de su mano, *ni una sola vez* vio pasar fantasmas por mi mente y no se paró a espantar cada uno de ellos hasta asegurarse de que allí no quedaba nadie más que ella y yo.

Tenía unos miedos gigantes, y sin embargo se volvía la chica más valiente del mundo cuando se trataba de luchar contra los míos. ¿No es increíble?

La chica desastre tenía incontables vestidos, perdí la cuenta de ellos. Generalmente eran de seda o lino, ¿sabéis cuáles os digo? De esos que suelen acabar entre el muslo y la rodilla y que cuando le bailaban hipnotizadamente al hacer un poco de viento me hacían creer que podría seguirla sin objeción aunque me llevasen hasta el mismísimo infierno.

... Y al final siempre acababa en el cielo.

La podría haber seguido hasta el fin del mundo, sí. De hecho ahí acabamos unas cuantas veces y, a pesar de todo, siempre conseguíamos sobrevivir, siempre terminábamos encontrando la manera de decorar el Apo-

calipsis a nuestro (su) gusto, y lo que parecía el fin del mundo acababa siendo un bonito *loft* con vistas al paraíso, pegatinas de gatos y toda clase de luces de colores.

La chica desastre que no se podía quedar dormida si al llegar a casa no le mandaba un WhatsApp haciéndole saber que había llegado bien, la que ponía sus pequeños pies en la guantera del coche ignorando descaradamente cada una de las veces en que le decía que los quitara, la que antes de besarme me estiraba las mejillas; la de la voz calmada y pausada, la chica inmadura más madura del mundo, la que igual me sacaba el argumento más consistente que ponía morros y me miraba entrecerrando los ojos con fingida maldad.

La de los vestidos de verano y olor a coco, la de las charlas hasta el amanecer, la chica dura antiamor que cuando se enamoró de mí me declaró la guerra por haberla hecho infringir las reglas.

La que me dejaba *post-it* escondidos por diferentes sitios de la habitación, la celosa que repetía insistentemente que no lo era justo antes de volver a serlo, la de la pasión desbordada, la que me besaba casi tan bonito como me mordía.

Nadie, después de tantos años, ha conseguido hacerme heridas más profundas que las suyas. Ni más

bonitas tampoco. Siempre preferí su cicatriz antes que la sonrisa de cualquier otra. Eso es lo que nunca llegó a comprender.

La vi pisar charcos abrigada hasta las cejas, cogiéndome de la mano y llevándome a todos los escaparates para mirar las luces de Navidad, la vi en bikini en una playa apartada solo para nosotros, la vi insultarme como si estuviera poseída y suplicarme en un susurro que no la dejara nunca, la vi llorar hundida en la miseria y la vi en la más alta de las cimas reír a carcajadas.

En todas y cada una de esas escenas fue preciosa.

El desastre que pasó su adolescencia queriendo ser mayor, la que buscaba en camas ajenas lo que solo se encuentra en el fondo de un café, la que me conoció como un chico más en su libro y acabó poniendo mi nombre en el título. Nos encontramos por accidente y me puso una señal de advertencia para avisarme de que pensaba irse a la mañana siguiente, pero donde tantas veces había visto una respuesta contrariada, en mí solo encontró una encogida de hombros. Y, palpando terreno desconocido, se quedó una mañana más. Y otra. Y otra. Y acabamos perdiendo la cuenta de cuántas mañanas fueron.

Nunca supe cómo un ser con mil guerras era la única que podía darme tanta paz, pero así era. La chica de desastre del vestido negro, la que me mordía el abdomen con esperanzas —reales, llegué a creer— de dejarme señal para siempre.

No sé dónde está, hace años que no sé de ella. Un día el desastre cogió sus maletas y se fue sin despedirse, sabiendo que si lo intentaba con una mirada a mis ojos le hubiera sido imposible hacerlo. Ya lo había intentado otras veces, y siempre acababa ganándole el corazón, que tiraba en busca del mío. Después de todo, nunca se había sentido tan protegido como ahí.

No volvió. Jamás. Al fin y al cabo, nunca se me olvidó que era un desastre de chica.

Eso sí, el desastre más bonito que he —hemos, estoy seguro— tenido en la vida.

A veces me da por acordarme de ella, y pienso que, a fin de cuentas, sí que logró lo que pretendía con tanto bocado intencionado: acabó por dejarme su señal marcada para siempre.

Pero no fue en el abdomen.